

Pero a otra luz, a una luz trágica. Dora Kaplan, la nueva Carlota Corday, lo ha herido de dos balazos. Por las puertas de estas heridas entramos al alma de San Lenin. Como él ha caído, los viejos fantasmas vencidos creen que ha muerto y retornan a la tierra: la sombra del Zar, como un gigantón de feria, y la de Rasputin, como un espectro borracho. Pero San Lenin con una sola mirada los aterroriza para siempre.

—¿Ha seguido usted el desarrollo de los sucesos en torno a la figura central de su nueva obra?

—Enamorado de mi héroe, lo he seguido hasta la muerte y he querido formular su epitafio: «Viento grande en el alba de otra edad»... En suma, para decirlo con otro Versículo: El porvenir es una sombra todavía; pero la Tierra ha quedado fecundada después del desposorio con San Lenin. Los Santos Rojos están pálidos aun a su alrededor y lo estarán por lo menos trescientos años más con el asombro de lo que hicieron...

—¿Qué forma literaria ha adoptado?

—El libro está deliberadamente escrito en versículos. Mejor dicho, cuando me puse a organizar unos nerviosos apuntes que había ido anotando, según el ritmo de los sucesos, vi que el versículo venía solo. ¿No quería yo escribir el *Apocalipsis de San Lenin*? Era justo que remedase, en cierto modo, la palabra y el acento de la Revelación. Quizá ningún acento literario me quede más cerca que el de la Biblia.

—Ya se dice que en su nueva obra se advierte en usted una evolución hacia las nuevas maneras.

—En efecto, lo es así. Pero se trata solamente de una conformidad entre el asunto y la forma. La elección del versículo colocaba, sin duda, mi obra bastante más cerca del verso que de la prosa. En el versículo, gracias al juego de las antítesis y a la ordenación yuxtapuesta, las imágenes se mueven con mu-

cha mayor libertad que en la prosa corriente, y aun diré que en el verso. Yo me he sentido muy cómodo escribiendo este libro precisamente así. Pero si quiere usted que lleguemos al fondo de las cosas, le diré que a mi juicio toda la poesía moderna señala una inequívoca marcha hacia el versículo. El conocimiento de la literatura oriental trajo los primeros poemas en prosa del Occidente. Lo que pasa en el fondo es que la literatura occidental ha querido orientalizarse todo lo más posible; y asistimos en la actualidad a la segunda gran ráfaga orientalista. La primera debe situarse, sin duda, más de un siglo atrás, con el nacimiento de la literatura ossiánica y las supercherías de Macpherson. Depurado y alquitarado, esto de hoy es aquello de ayer: el Oriente en la literatura. La poesía griega fué número y ritmo; lo propio la poesía latina. El verso allí es una fórmula entre musical y matemática. Se lo escande al son de la lira. En el versículo oriental nada de esto: porciones, masas que se distribuyen conforme a una cadencia interior o relámpagos de imágenes sucediéndose unos a otros como en una tormenta sin ley. ¿No asistimos a un espectáculo idéntico en las letras modernas?

—Noto que usted se sorprende un poco al oírme hablar sin blasfemia ni diatriba de cosas literarias, en estos tiempos atroces en que la gente se mata y deshona por una metáfora de más o de menos. Yo estoy limpio de ese crimen horrendo y, sobre todo, grotesco. Como buen trabajador, respeto el trabajo de los otros tanto como me preocupo de realizar el mío de la mejor manera.

—Por lo visto, ha aprovechado usted bien el año...

—Sí, señor. *El Apocalipsis de San Lenin* es mi tercer libro del año. Y como estamos a mediados de diciembre, el último del año también...

y a lo que ustedes llaman *parada*. Al mirar las cosas, no abandona sobre éstas la mirada, sino que tiende a usar de ellas como de un espejo donde contemplarse. De aquí que en vez de penetrar en su interior se queda casi siempre ante la superficie, ocupado en dar representación de sí mismo y ejecutar cuadros plásticos. Pero la ciencia y las letras no consisten en tomar posturas delante de las cosas, sino en irrumpir frenéticamente dentro de ellas, merced a un viril apetito de perforación.

Son ustedes más sensibles que precisos, y mientras esto no varíe, dependerán ustedes íntegramente de Europa en el orden intelectual —único al que me refiero—. Porque, al ser sensibles, toda idea graciosa y fértil que se produzca en Europa conmoverá, quieran o no, el fin receptor, que es su organismo; pero al querer reaccionar frente a la idea recibida—juzgarla, refutarla, valorarla y oponerle otra—encontrarán ustedes dentro de sí esa impresión, esa vaguedad—llamémoslo por su nombre—, esa falta de criterio certero, firme, seguro de sí mismo, que sólo se obtiene mediante rigurosas disciplinas.

Siempre me ha sorprendido la desproporción que suele haber entre la inteligencia, a menudo espléndida, del americano, y esa otra facultad de *mise au point*, que es el criterio. Tal vez, en horas de sinceridad consigo mismo, percibe todo buen intelectual americano ese extraño fenómeno secreto de la insuficiencia de su criterio. Cualquiera que sea su énfasis hacia el exterior—énfasis que en ocasiones se eleva a petulancia—, el fondo insobornable que arrastra todo hombre consigo le advierte de que no está seguro de sí mismo en el difícil manejo de las ideas. ¿Por qué es esto así? Yo aventuraría una explicación, pero su desarrollo me forzaría a entrar en cuestiones un poco abstractas de psicología étnica. Sería preciso contrarrestar la tradicional noción que supone idénticas, poco más o menos, las almas humanas en todos los tiempos—sin más diferencias que las de sus contenidos—, e ignora que son, a veces, de estructura (de anatomía y fisiología) sumamente diversa. Además, hay cosas de que conviene hablar sólo entre pocos y no aventarlas con riesgo de que sean mal entendidas. En fin, usted, por sí solo, puede reconstruir mi intento de explicación fijándose en que la función ya exquisitamente desarrollada en el argentino, la sensibilidad, habría que localizarla en la periferia de la psique, por ser función receptiva, mientras que el criterio, aun imperfectamente desenvuelto (repito que en el orden propiamente científico y literario), es una operación de dentro a fuera y afecta las zonas más centrales, más personales de la conciencia.

Esto significaría que la nueva generación necesita completar sus magníficas potencias con una rigurosa disciplina de interior. Yo quisiera ver en esos grupos jóvenes la severa exigencia de ella. Pero acontece que veo todo lo contrario: un apresurado afán por reformar el universo, la Sociedad, el Estado, la Universidad, todo lo de fuera, sin previa reforma y construcción de la intimidad. En este punto no pactaré jamás con ustedes, y me hallarán irreductible. Todo el que incita a los jóvenes para que abandonen el sublime deporte cósmico que es la juventud, y salgan de ella a ocuparse en las cosas llamadas «serias»—política, reforma del mundo—, es deliberada o indeliberadamente dañino. Porque esas cosas serán todo lo «serias» que se quiera, pero cede a un puro prejuicio quien cree, sin más, que lo «serio» es lo importante y esencial. La política, la reforma de ese

## Carta a un joven argentino...

(Viene de la primera página)

son en todos sentidos algo secundario con respecto a los problemas. Si no se tiene clara noción de los problemas, mal se puede proceder a resolverlos. Además, por muy seguras que sean las soluciones, su seguridad depende de la seguridad de los problemas. Ahora bien: darse cuenta de un problema es advertir ante nosotros la existencia concreta de algo que no sabemos lo que es; por tanto es un saber que no sabemos. Quien no sienta voluptuosamente esta delicia socrática de la concreta ignorancia, esa herida, ese hueco que hace el problema en nosotros, es inepto para el ejercicio intelectual.

No he hecho nunca misterio de sugerirme mayores esperanzas la juventud argentina que la española. Como este augurio mío ha merecido el honor de ser propalado, me conviene definirlo un poco, a fin de que no se entienda mal. La amistad, cada vez más sólida, entre algunos grupos de la mocedad argentina y mi obra, me obliga a huir con premeditación de halagar a aquélla y me impone cierta escrupulosa veracidad.

La impresión que una generación nueva pro-

duce sólo es por completo favorable cuando suscita estas dos cosas: esperanza y confianza. La juventud argentina que conozco me inspira —¿por qué no decirlo?— más esperanza que confianza. Es imposible hacer nada importante en el mundo si no se reúne esta pareja de calidades: fuerza y disciplina. La nueva generación goza de una espléndida dosis de fuerza vital, condición primera de toda empresa histórica: por eso espero en ella. Pero, a la vez, sospecho que carece por completo de disciplina interna—sin la cual la fuerza se desagrega y volatiliza;—por eso desconfío de ella. No basta curiosidad para ir hacia las cosas; hace falta rigor mental para hacerse dueño de ellas.

En las revistas y libros jóvenes que me llegan de la Argentina encuentro—respetando algunas excepciones—demasiado énfasis y poca precisión. ¿Cómo confiar en gente enfática? Nada urge tanto en Sud América como una general estrangulación del énfasis. Hay que ir a las cosas, hay que ir a las cosas, sin más. El americano, amigo mío—por razones que no es ocasión ahora enunciar—, propende al narcisismo